



Brigitte Bardot y Jack Palance en una secuencia de 'El desprecio', de Jean-Luc Godard (1963).

## EL VIAJE DEL SPIDER

Un coche digno de James Bond, un insólito recetario y AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO al volante. Así fue la *road movie* del escritor con su descapotable.

A mí los coches no me interesan como objeto estético, sólo son máquinas que me llevan a los sitios. Pero hace aproximadamente 10 años me encapriché de un Alfa Romeo Spider, clásico, descapotable, del año 64, como aquel que conducía Dustin Hoffman en *El graduado*. Lo vi en el escaparate de un concesionario de Palma de Mallorca, lugar donde vivo, y lo compré. Al principio todo fue bien, plegar la capota y cruzar la isla de punta a punta en primavera es lo más parecido al lujo que conozco, pero rápidamente agoté las carreteras, así que comencé a dar vueltas en círculo; no está mal conocer el perímetro del lugar en el que vives, pero también muy pronto esto descendió a aburrimiento, así que programé un viaje a la Península: mi objetivo era ir de Barcelona a La Coruña sin itinerario fijo, dibujando los zigzags que el azar me pidiera.

Así, un día de septiembre, recuerdo que comenzaba ya a hacer frío en la isla, metí el Alfa Romeo Spider en un barco y siete horas más tarde estaba arrancándolo en una rotonda del puerto de Barcelona, a la que di varias vueltas hasta que me decidí por el cartel que ponía Tarragona, hacia el sur.

En aquella época estaba pergeñando un proyecto: hacer un manual de comida para el motor de coche, que consiste, básicamente, en envolver diferentes clases de productos comestibles en papel aluminio, introducirlos en una zona tibia del motor, que varía según los modelos de coche, pero que en el Spider se localiza entre el carburador y el cigüeñal, y hacer kilómetros hasta que la comida esté cocinada al papillote. Este tipo de cocción no se mide por tiempo, sino por kilómetros rodados. Comprobé, por ejemplo, que la pechuga de pollo con patatas y tomate en rodajas son 105 kilómetros, o que el pescado blanco con judías verdes son 87 kilómetros. Lo que más kilómetros requiere es el huevo duro; desconozco el porqué. Iba anotando los tiempos y comidas en una libreta a la que adjuntaba fotografías *polaroid* de cada proceso; mi intención era publicar un libro titulado *Manual de cocina para motor de coche*, cosa que nunca hice pero que sí aproveché como ficción para mi novela, *Nocilla Experience*, donde un cocinero muy raro publica tal libro. En la ficción parece casi inverosímil, pero ese libro existe, lo tengo yo.

La ventaja de tal método de cocción es que cuando vas de viaje puedes olvidarte

del engorroso trámite de buscar restaurantes de carretera: llevas comida recién hecha en el motor de tu coche. Y así, solo, descapotado y comiendo en las cunetas, la ruta me llevó de Tarragona a Málaga, de Cuenca a Madrid, de Zamora a León, de Oviedo a La Coruña. Veintiocho días en los que lo más gracioso que me ocurrió fue que unos niños de un pueblo de Zamora, al verme atravesar la plaza, exclamaron “¡mira, James Bond!”, y corrieron tras el coche hasta que frené en la puerta de un colmado. Uno de ellos me obsequió con un cromó de la colección de James Bond que circulaba aquel año: Pierce Brosnan sonreía al volante de un coche casi igual al mío. Regresé a Mallorca, y a los tres meses vendí el coche. Recientemente estuve en Córdoba, con el escritor Germán Sierra, invitado a dar una conferencia acerca de poesía y matemáticas. De camino al salón de actos, en una calle cercana al hotel, me detuve en seco, señalé con el dedo, y le dije a Germán: mira ese Alfa Romeo Spider, es el mío, recuerdo perfectamente la matrícula. Nos acercamos, instintivamente abrí la tapa del salpicadero. Bajo los papeles del coche encontré el cromó de James Bond, sensiblemente gastado, como si el propio actor hubiera envejecido. □